

María del Carmen Vázquez Mantecón

Cohetes de regocijo

Una interpretación de la fiesta mexicana

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

264 p.

(Serie Historia General, 35)

ISBN 978-607-02-9484-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de noviembre de 2017

Disponible en:

www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cohetes/682.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA PÓLVORA DURANTE LA CONQUISTA

Los relámpagos y los truenos de los “teules” españoles producidos por sus bombardas, llamadas *tepuztli*¹ por los indígenas, los aterraron, a tal punto, que supieron, quizás, con la primera que vieron y oyeron, de su inminente derrota.² Esa historia la entrevera, con todos los sucesos de la conquista, Bernal Díaz del Castillo cuando cuenta que después de dar batalla a algunos indios de Tabasco, Hernán Cortés envió a llamar a todos los “caciques” de esa provincia, llegando muchos indios principales con regalos: buenas mantas, gallina, pescado, fruta y pan de maíz, quienes dirían que para concertar las paces, irían otro día muchos más. Cortés, según Bernal, no sólo comentó a algunos de sus capitanes que los indios “temían mucho a los caballos y debían de pensar que ellos solos hacían la guerra y asimismo las bombardas”, sino que mandó que fuera cebado un tiro, “el mayor, con una buena pelota y bien cargado de pólvora”. Después de recibir el incienso con el que era sahumado por los indios, “les respondió con gravedad, como enojado”, que eran vasallos de un gran rey y señor que los había enviado, y que si se ponían a su real servicio iban a ser favorecidos, pero que si no, “soltaría de aquellos ‘tepuzques’ que los maten”. Secretamente, continúa Bernal Díaz, mandó poner fuego a la bombardas cebada, dando ésta “un buen trueno, como era menester”. Era mediodía y “hacía calma”, permitiendo esto que se oyera el ruido de “la pelota” por los montes, lo que espantó mucho a esos señores, que “al no haber visto antes una cosa como aquella” creyeron que “era verdad lo que Cortés les dijo” y, empuerado éste en el papel de un dios, como hace todo inseguro gracias

¹ Rémi Siméon, en el *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1983, registra que *tepuztli* significa cobre, hierro, bronce, o metal en general.

² Y a pesar de su hábil manejo guerrero con arcos, flechas, saetas, rodajas, lanzas y espadas de navajas.

a su artillería, comunicó a los indios que no tuvieran miedo (servía de intérprete Jerónimo de Aguilar), “porque él mandó” que ese tiro no hiciera daño.³

Esa táctica (Bernal Díaz prefiere decir que lo consigna “por cosa de risa, porque vean las mañas que tenía Cortés”) la repitieron cada vez que se producía un encuentro con habitantes de el Nuevo Mundo y era como la fórmula mágica que, percances más o menos, les franquearía el paso desde la costa hasta el mismo México-Tenochtitlán, con todo y la adquisición, primero de cien y luego de mil “hombres tamemes para llevar los tepuzques (o “tiros de hierro”) y los fardajes”.⁴ En esa ciudad, el emperador ya tenía noticia de que los llegados por el oriente poseían esos poderosos instrumentos, en parte, porque sus embajadores que envió a recibirlos a “San Juan de Ulúa”, que también habían sido amedrentados “de cosas tan nuevas para ellos” (les hicieron demostraciones con sus caballos que marcharon de dos en dos y pusieron fuego a varias bombardas) mandaron a sus pintores que lo pintaran todo “para que su señor Montezuma lo viese”.⁵ Los españoles se aprovecharon después de los mismos principales de Cempoala que los acompañaban en su trayecto, que transmitían su temor, sobre todo por los *tepuztli*, ya que no tardaron en darse cuenta, de que los caballos, al fin, no resistían el tiro certero de las flechas. Cuando llegaron a Tlaxcala, dijeron a los señores de ahí que, “con unas piedras que metíamos dentro de [las bombardas], matábamos a quien queríamos y que los caballos que corrían como venados”, obedecían la orden de alcanzar a cualquiera. Los principales tlaxcaltecas respondieron que debían ser “teules” (corrupción de la palabra nahua *teotl*, o *teutl*, dios) y comentó al respecto que los indios llamaban así a “sus ídolos, o a sus dioses, o cosas malas”. Páginas abajo, Díaz del Castillo se volvió a referir a lo mismo, agregando que los “teules” eran “como demonios” y que fueron los de Cempoala, los que hicieron creer a los de Tlaxcala “que eramos teules, que comíamos corazones de los indios y que las bombardas echaban rayos como caen del cielo”.⁶

³ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa, 1983, cap. XXXV, p. 57-58.

⁴ *Ibidem*, cap. XLIX, p. 83-84; cap. LXXXIII, p. 144; y cap. LXXV, p. 153-154.

⁵ *Ibidem*, cap. XXXVIII, p. 65.

⁶ *Ibidem*, cap. LXI, p. 104, 113-114.

Una vez en la ciudad de México, Cortés se entrevistó un día con “el gran Montezuma”, plática que, como todos los demás episodios, aunque fue recreada muchos años después por Bernal, es posible que formara parte del imaginario compartido que nutrió el asombro y la novedad que, también, los soldados españoles experimentaron en todo ese proceso. Es interesante recuperar aquí lo que habría dicho, a Cortés, el huey tlatoani mexica. Explicó este último, que si algunas veces le envió mensajeros —había remitido, además, oro para disuadirlo de entrar a la ciudad— “no era de su voluntad”, sino por el temor que tenían sus vasallos pues se decía que echaban rayos y relámpagos, que con los caballos mataban muchos indios y que eran “teules bravos”. Sin embargo, como había visto que eran “de hueso y carne y de mucha razón”, los tenía en más estima y “les daría lo que tuviese”; pero —según Díaz del Castillo— dijo riendo (“porque en todo era muy regocijado en su hablar de gran señor”) que no era un dios o teule como habían dicho de su persona los señores de Tlaxcala, y que así como los españoles tendrían eso “por burla”, él sentía lo mismo con respecto a “sus truenos y relámpagos” (que los hacía creer dioses). Por otro lado, la percepción de los indios sobre la desventaja de sus armas en las guerras contra los invasores, se mostró, incluso entre los aliados tlaxcaltecas. Éstos, fueron precisados por Cortés a que le enviaran cinco mil hombres de guerra para combatir a Pánfilo de Narváez. Le respondieron con el mensaje claro de que si fuera para que pelearan contra indios, incluso mandaban muchos más, pero para hacerlo contra “teules”, contra caballos y contra bombardas y ballestas, no lo consentían, proveyéndolo sólo de diez cargas de gallinas.⁷



Según las creencias del México antiguo, el evangelizador franciscano Bernardino de Sahagún, registró que eran los *tlaloques* los que fabricaban los rayos, los relámpagos y los truenos, para herir con ellos a quienes quisieran.⁸ De acuerdo a Rémi Siméon, la voz *tlaloque*,

⁷ *Ibidem*, cap. XC, p. 165 y cap. CXV, p. 222.

⁸ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, tercera edición, México, Conaculta/Dirección General de Publicaciones, 2000, t. II, p. 701.

se refería a “dioses que viven en las montañas, servidores del poderoso dios de la lluvia Tlaloc”.⁹ Para el dominico Diego Durán, este dios lo era “de las pluvias, truenos y relámpagos”, teniéndole los indios gran veneración y temor.¹⁰ No es difícil entender entonces, el desasosiego que provocaba en éstos el efecto de la artillería, con su enorme estruendo, sus ráfagas de fuego, su silbido y su carga devastadora, así como la supuesta investidura de sus portadores. Sin embargo, casi dos siglos antes, el miedo lo habían sentido los castellanos y leoneses frente a “las pellas de fierro con truenos” que les lanzaban “los Moros” en el cerco de Algecira (1342-1344) como quedó manifestado en la Crónica del rey Alfonso XI, que vivió entre 1311 y 1350. Ahí registró que “los omes avian muy grand espanto, ca en qualquier miembro del ome que diese, levabalo cercen (era cercenado) como si ge lo cortasen con cochiello”. Dice, además, que no había cirugía que lo curara, “lo uno porque venía ardiendo como fuego, et lo otro porque los polvos con que la lanzaban eran de tal natura, que qualquier llaga que fisiesen, luego era el ome muerto; et venia tan recia, que pasaba un ome con todas sus armas”.¹¹

Tampoco hay que perder de vista que ciertos fenómenos naturales no sólo causaban miedo en el Nuevo Mundo; el escritor filósofo y político ilustrado irlandés Edmund Burke, expresó que el ruido de las tormentas rabiosas, de un trueno, o de la artillería, tenía un gran poder en las pasiones sublimes, despertando una sensación impresionante y horrorosa en la mente.¹² En ambos continentes, por ejemplo, los volcanes, cuando hacían erupción, eran igualmente temidos por el espantoso ruido y la rapidez de la lava ardiente, por las columnas de fuego y humo y por la inesperada aparición de múltiples

⁹ Siméon, *op. cit.*

¹⁰ Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, [escrita hacia 1581], México, Conaculta, 1995, t. II, p. 89.

¹¹ *Crónica de D. Alfonso el Onceno, De este nombre, De los Reyes que Reynaron en Castilla y en León. Segunda edición. Conforme a un antiguo Ms. de la Real Biblioteca del Escorial y otro de la Mayansiana: e ilustrada con apéndices y varios documentos por Don Francisco Cerdá y Rico, oficial de la Secretaría de Estado y del Despacho Universal de Indias, Académico del Número de la Real Academia de la Historia*, Parte I, Madrid, Imprenta de D. Antonio de Sancha, 1787, p. 536-537.

¹² Edmund Burke, *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y lo bello*, Madrid [1757], Tecnos, 1997, p. 62.

rayos, relámpagos y truenos. En su *Compendio Matemático* de 1757, el presbítero hispano Thomas Vicente Tosca, al explicar los efectos de la pólvora, observó que uno de ellos era el retumbo que hacía al salir de un cañón por la dilatación y extensión del salitre, “hiriendo al tímpano de nuestro oído” y causando aquella fuerte sensación que provoca el trueno.¹³



Narra Vicente Riva Palacio en el tomo II de *México a través de los siglos*, que Hernán Cortés tropezó en muchas ocasiones con la enorme dificultad de la falta de artillería y escasas de pólvora, a pesar de que envió muchas veces dinero para hacer la transacción, “porque los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla y especialmente el contador de ella Juan López de Recalde por orden del obispo de Burgos (Juan Rodríguez de Fonseca presidente del Consejo de Indias y partidario de Diego de Velázquez) no permitían la salida de parque, caballos y armas para la Nueva España”.¹⁴ Bernal Díaz dejó constancia en su relato, de que la pólvora iba y venía de la mano de los españoles conforme se dio la conquista de México. Recordó que desde que Cortés fue elegido capitán en Cuba, empezó a juntar pólvora, ballestas, armas y escopetas, siendo así que pudo, a su llegada a Cozumel, “hacer alarde porque traía mucha pólvora e pelotas”. Dijo también, que aprovechó en algunas ocasiones el arribo a la Villa Rica de navíos procedentes de Castilla, cuya pólvora siempre mandó comprar (uno de ellos venía de Canaria cargado de armas, pólvora y caballos). Sin embargo, después de que ganaron la ciudad de México, aunque llegó uno que otro pertrecho, los escopeteros, más de una vez, tuvieron que abastecerse de saetas, “a las que emplumaron y pusieron casquillos”.¹⁵ Establecido Cortés en Coyoacán, según

¹³ Tosca, *Compendio Matemático en que se contienen todas las materias más principales de las ciencias que tratan de la cantidad*, tercera edición, Valencia, Imprenta de Joseph García, 1757, p. 433-434.

¹⁴ Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos. Tomo II: Historia del Virreinato (1521-1807)*, México, Editorial Cumbre, 1958, p. 96.

¹⁵ Díaz del Castillo, *op. cit.*, cap. XXVI, LXXVIII, CXXVIII y CXXX.

Francisco Cervantes de Salazar, y necesitado de mucha pólvora para continuar sus conquistas, decidió enviar a varios hombres por azufre al volcán Popocatepetl para fabricarla.¹⁶

Esta noticia, provenía de una de las cartas (la cuarta) que Cortés enviaba periódicamente a Carlos V, “haciéndole muy particular relación” de los pormenores de su gesta. Antes de referirme a ella, es necesario recordar que desde la segunda de las misivas, había referido su atracción por dos sierras “muy altas y muy maravillosas”, que a fines de agosto seguían cubiertas de nieve. De la más elevada, muchas veces de día y de noche, salía con tremenda fuerza un gran bulto de humo, que a pesar del viento de la cumbre, iba muy derecho. Como decidí averiguar “el secreto de ese humo”, envió a diez “de sus compañeros” (con “algunos naturales de la tierra” como guías) los que, a pesar de sus esfuerzos, no lograron la cúspide por “la mucha nieve”, por “los torbellinos de ceniza” y porque no pudieron “sofrir la gran frialdad que arriba hacía”. Estando “muy cerca de lo alto”, decidieron descender cuando comenzó a salir el humo “con ímpetu y ruido que parecía que toda la sierra se caía abajo”, llevando como evidencia “mucha nieve y carámbanos”, que, escribió Cortés, “nos parecía cosa muy nueva en estas partes, a causa de estar en parte tan cálida”.¹⁷

En la tercera relación, dio cuenta de una segunda expedición al pico nevado de la que expresó: “hice a ciertos españoles que sobiesen”, a pesar de que los indios, le “daban a entender que era cosa muy mala y que morían los que ahí sobían”. Como tampoco “pudieron ni osaron llegar a la boca” espantados por el humo y el sonido, mandó una tercera incursión (ocurrida en 1519) en la que, por fin, los españoles llegaron a la cima después de dos intentos. De acuerdo a la descripción que hicieron, esa abertura tenía “tan grande hon-dura” que no se podía ver su fondo, pero alrededor encontraron

¹⁶ Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de Nueva España, Manuscrito 2011 de la Biblioteca Nacional de Madrid [paleografiado y compilado por Francisco del Paso y Troncoso, quien tuvo que habérselas con las apostillas y tachaduras de Herrera y Tordesillas]*, México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, 1936 (Historia y Etnografía), [redactada en la segunda mitad del siglo XVI aunque quedó inédita hasta 1914], t. 3, p. 308. Cervantes de Salazar era toledano y llegó a la Nueva España hacia 1550.

¹⁷ Hernán Cortés, *Cartas de Relación de la conquista de México*, novena edición, México, Espasa-Calpe, 1985 (Austral), p. 51-52. La segunda carta está fechada en 1520, en ella se refiere al Popocatepetl, cuya altitud, sabemos ahora, es de 5426 m.

“algún azufre que el humo expele”. Tuvieron que bajar a toda prisa porque comenzaron a oír “el ruido que traía el humo”, descenso en el que se vieron “en harto peligro” por las piedras que rodaban, agregando Cortés a su majestad, que los indios habían tenido “a muy gran cosa” esa osadía.¹⁸ Sin embargo, no sólo los naturales temían a ese volcán; fray Toribio de Motolinía dejó testimonio, en *Memoriales*, de que los españoles de su tiempo (primera mitad del siglo XVI) creían que las llamas de fuego y el gran golpe de humo salían de la misma “boca del infierno”.¹⁹

En la cuarta epístola, abordó propiamente el suceso de la cuarta expedición que subió al Popocatepetl, con el objetivo expreso de abastecerse de azufre con que fabricar pólvora que necesitaban en gran cantidad, para sostener y ampliar sus conquistas después de su triunfo sobre la gran Tenochtitlan. De modo escueto, sin dar nombres ni pormenores del ascenso, ni mucho menos de lo que habría sido esa especie de irrupción al inframundo, contó el capitán general que “entró un español setenta u ochenta brazas atado a la boca abajo”, que sacó el azufre suficiente “con que hasta ahora nos hemos sostenido”. Agregó que de ahí en adelante, ya no iba a haber necesidad de “ponernos” en ese trabajo peligroso. Apeló a que él no había dejado de pedir que los proveyeran de España, denunciando —sin decirlo abiertamente— la veda de pólvora a Nueva España por orden del obispo de Burgos al congratularse de que su majestad hubiera sido servido con el hecho fortuito de que “no haya ya obispo que nos lo impida”.²⁰ Por otro lado, gracias al relato de Bernal, sabemos que la pólvora circuló, a veces más, a veces menos, durante los años

¹⁸ *Ibidem*, p. 190-191, Carta Tercera, fechada en 1522. Cortés no menciona aquí el nombre del conquistador Diego de Ordaz que fue quien subió en esa ocasión acompañado de dos soldados. Dice ahí que encontraron algún azufre alrededor de la boca del volcán, pero no que con él hubiera alcanzado para fabricar la pólvora que le permitió hacer y ganar la guerra a los mexicas en 1521, como se repite infundadamente en muchas versiones que aluden a estos hechos. Véase más abajo la opinión al respecto de Bernal Díaz del Castillo.

¹⁹ *Memoriales de Fray Toribio de Motolinía, Manuscrito de la Colección del Señor Don Joaquín García Icazbalceta*, publicado por primera vez su hijo Luis García Pimenel, Méjico, en Casa del Editor, 1903, p. 142.

²⁰ Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, dejó su puesto como presidente del Consejo de Indias en 1524, año de esa misiva de Cortés. Véase también Cortés, *op. cit.*, Carta Cuarta, p. 220.

álgidos de la guerra. Conocemos también que existió la prohibición del obispo, por lo que es posible que hayan tenido que echar mano del mercado clandestino y de otros hechos azarosos, como por ejemplo, la llegada de navíos que estaban destinados a otras misiones, sin descartar que sus hombres, hubieran conseguido azufre en el contorno exterior de la boca para fabricar otro tanto.²¹ Llama la atención que Cortés hubiera creído en esa sorprendente y, por demás, peligrosa introducción humana en la abertura del volcán, de la que no pudo dar detalles, y que estaba muy a tono con las fantasías de las historias de caballería de su tiempo.



Bernal Díaz del Castillo se refirió muchas veces al Popocatepetl por su importancia y majestuosidad, y también aludió, en otro contexto, a la necesidad de pólvora, pero nunca mencionó que algún español hubiera entrado en el cráter de ese volcán para extraer azufre. Lo que sí expuso fue que en alguna ocasión que éste echaba mucho fuego, le tomó codicia a un capitán de nombre Diego de Ordaz ir a ver qué cosa era, por lo que pidió licencia a Cortés, quien “aún de hecho se lo mandó”; esta empresa —la tercera— la llevó a cabo acompañado de dos soldados y de algunos principales de “Guaxo-cingo”. Estos últimos le explicaron que subirían solamente hasta donde habían algunos *cúes* en los que hacían culto a los *teules del Popocatepeque*. A pesar del temblor de tierra, de las “grandes llamadas de fuego y piedras quemadas y livianas y de la mucha ceniza”, lograron llegar a la cumbre, donde calcularon el boquete “con un anchor de un cuarto de legua” y disfrutaron de la magnífica vista

²¹ Dice José Iturriaga en *El Popocatepetl ayer y hoy. “Don Gregorio” en las crónicas de extranjeros desde el siglo XVI hasta la actualidad*, México, Diana, 1997, p. 8-9, que hasta mediados del siglo XIX, en una actividad que duró pocas décadas, se estableció una explotación sistemática del azufre del Popo proveniente de las fumarolas del cráter, gracias a que el gas azufroso de las mismas se condensa en la superficie exterior, dejando, al azufre que contiene, en estado sólido. Todavía ahora, es fácil de encontrar ese metaloide en las regiones volcánicas. Iturriaga expuso asimismo, que en la pluma de algunos cronistas que desde el siglo XVI escribieron desde España, se creó el mito de que del Popocatepetl se sacaba mucho azufre muy bueno, que se utilizaba para hacer pólvora.

de la ciudad de México con toda la laguna “y los pueblos que están en ella poblados”,²² sin aludir a que su misión específica hubiera sido obtener azufre. Agregó, renglones adelante, que otros españoles e incluso algunos franciscanos subieron días después y que cuando Diego de Ordaz fue a Castilla, “lo demandó por armas a Su Majestad”, lo que le fue concedido.

La versión de Francisco Cervantes de Salazar (redactada en las últimas décadas del siglo XVI) sobre la cuarta expedición al volcán, mencionada por Cortés en su cuarta misiva, tuvo la intención de reafirmar la epopeya española protegida por Dios, en la que recurrió a una notoria inventiva que formaba parte del gusto mundo de la maravilla. Dijo haberla obtenido del testimonio del soldado que completó la hazaña, al que nombró simplemente “Montaño” y quien subió acompañado de cuatro hispanos más, entre ellos uno apellidado “Mesa” (artillero de Cortés), “uno que se decía Peñalosa” y otro de nombre “Joan Larios”. Llevaron consigo “treinta y seis brazas de guindalesa (de cuerda) en dos pedazos que pesaban dos arrobas” (una arroba pesa aproximadamente once kilos y medio), “un balso de cáñamo para entrar en el volcán” y cuatro costales de lienzo basto “aforrados de cuero de venado curtido en que traxese el azufre”. Además de que los acompañaron algunos principales de los que no se dice nada más, Cervantes no cuestionó la cifra de “cuarenta mil indios” que, supuestamente, habían acampado alrededor del volcán “para ver si esos españoles eran tan valientes”. Una vez iniciado el ascenso, “encomendados a Dios”, llegó la primera noche en la que, al cavar un hoyo en la arena para guarecerse, sintieron por primera vez el calor y el hedor a azufre que “era cosa espantosa”, aunque peor era para ellos el frío. Algo recompuestos, decidieron seguir avanzando hacia las doce de la noche en un camino tan difícil “que a cada paso, iban ofrecidos a la muerte”. No faltó en la narración el riesgo del compañero que cayó “en un ramblazo” y la manera como lo ayudaron a salir; tampoco las grandes humaredas envueltas en fuego, una piedra rodante con la que se pudieron calentar y volver en sí “tomando nuevo esfuerzo y aliento, como suelen españoles con pequeño socorro” y el episodio de un soldado que no pudo más, es-

²² Díaz del Castillo, *op. cit.*, cap. LXXVIII, p. 136.

forzándolos en llegar a la meta (que al quedarse solo casi enloquece de miedo), la que lograron los otros hacia las diez de la mañana.²³

A medida que seguía, el relato se volvía cada vez más fabuloso. Según Cervantes, desde lo alto de la boca “descubrieron el suelo” (lo que es prácticamente imposible) “que estaba ardiendo a manera de fuego natural, cosa bien espantosa de ver”. Dieron la vuelta al cráter para ver por dónde podían entrar mejor, descubriendo que todas las partes eran peligrosas, al grado que desearon no haber subido ni haber prometido morir o no volver ante Cortés. Sin embargo, como eran hombres “de vergüenza”, echaron suertes para ver quién se internaría, tocándole primero a Montaña y luego a otro de sus compañeros, los que habrían descendido (nunca dice que lo hicieran de cabeza) “catorce estados dentro del volcán”, sacando entre los dos, doce arrobas de azufre (¡cerca de 137 kilos!, que hay que sumar al peso de la cuerda, del balso de cáñamo, de los costales de tela y cuero y de sus alimentos y enseres). Con respecto a la experiencia de esa fantástica entrada, Montaña recordó cómo se les desvanecía la cabeza cuando volvían los ojos hacia abajo, soportando la humareda y las piedras encendidas que de cuando en cuando “aquél fuego infernal despedía”, siempre con temor de que los de arriba se descuidaran, de que la cuerda se quebrara, o de caerse del balso. El regreso no fue menos arriesgado “viendo muchas veces la muerte a los ojos”.



Como buen argumento de novela de caballeros arriesgados pero vencedores, los indios, supuestamente, los llevaron en hombros “como acostumbraban con los grandes señores”, cayendo y tropezando por irlos mirando a la cara “espantados de que hubiesen hombres de la figura y faición de ellos, que hubiesen hecho una cosa [...] nunca hasta entonces vista ni oída”. Caminaron hasta un embarcadero para dirigirse a Coyoacán, saliendo Cortés a recibirlos “afuera de la ciudad” con el discurso (o moraleja de esa aventura) de que eran la causa para dar a entender a los indios amigos y enemigos “que no había cosa imposible a los españoles”. Por su parte,

²³ Cervantes de Salazar, *op. cit.*, p. 308-310.

Montaño habría declarado que por ningún tesoro del mundo volvería al volcán a sacar azufre, porque si esa vez Dios le había dado “seso y esfuerzo”, “tornar, sería tentarle”. Como colofón, Cervantes de Salazar escribió que con esas arrobas se hizo tal cantidad de pólvora, que bastó para acabar de ganar “la mayor parte de las provincias de la Nueva España”, sumando a eso el dato relevante de que, “en el entretanto, acudió provisión de esta munición y de otras”, y el de que ésta y otras muchas empresas, le permitían entender “lo milagrosa” que había sido “la conquista de este Nuevo Mundo”.²⁴ A su vez, fray Diego Durán —quien también escribió su historia cuando estaba por terminar el siglo XVI—, al comentar el ascenso a la cumbre y el descenso al cráter, señaló escéptico que se había admirado mucho y le parecía “cosa fabulosa”, y que en el caso de que hubiera sucedido, lo tenía “por milagro de Dios”.²⁵ Dos siglos y medio después, el historiador decimonónico Lucas Alamán,²⁶ a pesar de apuntar que el barón de Humboldt no creyó en esa historia y que “pudiera parecer fabulosa”, afirmó contundente que no se podía poner en duda “el testimonio positivo de Cortés que debía bien saberlo”. Se lamentaba también, de que “un hecho tan atrevido en las circunstancias en que se verificó” y necesario para sostener el dominio español todavía poco consolidado, dejó sin premiar a su héroe (Montaño), cuya familia quedó en la miseria.

²⁴ *Ibidem*, p. 311-314.

²⁵ Durán, *op. cit.*, p. 167-169. Rescata este cronista la práctica de los indios de reverenciar al Popocatepetl “por el más principal de todos los cerros”, donde la voz *Popocatzin*, quería decir, según él, “el cerro humeador”, porque era a todos notorio que echaba visiblemente humo dos y tres veces al día, muchas veces junto con llamas de fuego.

²⁶ Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana: desde la época de la conquista que los españoles hicieron, a fines del siglo XV y principios del XVI, de las islas y continente americano, hasta la independencia*, México, Imprenta de José Mariano Lara, 1844, t. 1, p. 192-193.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS